

MI TIA VIOLETA Y LA REINA ISABEL

- ¡Rosario! –me llamó mi tía Violeta- apenas me vio pasar. ¡Ven a ver las últimas fotos de la reina Isabel!, esta vestida de gala, saludando a sus “súbditos” que la ovacionan, ¡se ve radiante! -.

Mi tía Violeta vivía en el Cerro El Litre, en Valparaíso, cerca de mi casa y llamaba la atención en ella la insólita y desmedida admiración que mostraba por la familia real de Inglaterra, tan lejana a su realidad.

Ella trabajaba un su pequeño bazar y bajo el mostrador mantenía “sus tesoros”: un álbum con innumerables recortes de fotos de la reina, diarios y revistas que exponían los acontecimientos y celebraciones en el Castillo de Buckingham y que ella había acumulado durante años.

- ¡Tía, es increíble! Esa gente todos los días se cambia de ropa. Ellos lucen perfectos ¡casi irreales! -le exclamaba deslumbrada.

- ¡Entiende sobrina, son de la nobleza! Si fueras como ellos te servirían la comida, te lavarían tu ropa y te tratarían de princesa.

- ¡Qué maravillosa vida tía, deben ser muy felices! -.

- ¡Por lo menos es lo que parecen! ¡Nacieron en cuna de oro y corre sangre azul por sus venas!

Esta colección de imágenes de los “royal” era un hobby que compartía con muy pocas personas y como era de esperar, el anuncio de la llegada de la reina Isabel II a Chile, marcaba un antes y un después en su vida. Era el año 1967 y los periódicos lo estaban anunciando: la reina a quién tanto mi tía admiraba visitaría Chile al año siguiente, aún más, vendría a Valparaíso.

Era sabido por todos, que cuando el presidente de Chile Eduardo Frei viajó a Europa en una gira oficial, había sido recibido en Inglaterra por la reina y en esa ocasión

él le extendió una invitación para que visitara nuestro país junto a su esposo el príncipe Felipe de Edimburgo. Era esta una manera de consolidar lazos de amistad y desarrollar relaciones económicas. La organización de este evento requirió de complejos trámites en nuestro país. Personas con experticia en diferentes materias se avocaron a planear la recepción de “su alteza real”. Estaban empeñados en demostrar el mejor nivel, según correspondía a “un país en vías de desarrollo”, -como ostentosamente se hacía llamar Chile en aquella época-.

No faltaron las dificultades y anécdotas que quedaron registradas en el azaroso quehacer nacional. El Palacio Cousiño donde se alojaría la reina se incendió días antes de su llegada por lo que debió ser recibida en el Hotel Carrera y para alhajar las habitaciones se hizo un llamado a los “ricachones” a objeto de que “prestaran” sus floreros de cristal, sus alfombras persas y las esculturas italianas de mármol de Carrara.

Alentaba por la pronta llegada de la reina, mi tía Violeta que conocía la historia de la familia real como si fuera la suya propia, me contaba algunos pasajes e hitos importantes. “Cuando murió sorpresivamente el rey Jorge, padre de la reina Isabel, ella se encontraba de viaje en Kenia y al regresar para la ceremonia del funeral se bajó del avión vestida de riguroso luto y fue recibida por todo el Reino Unido con los honores propios de una reina, ¡y ella era tan jovencita!” –completaba mi tía- con aflicción y lágrimas en los ojos.

En la primera página de los diarios se publicaba el itinerario de las actividades que tendría la reina Isabel en nuestro país, y en todas ellas el presidente de Chile era su anfitrión; no obstante, la actividad que más llamó la atención fue la recepción que el propio presidente haría para recibirlos en su casa, a cenar.

Mi tía contaba los días y las horas que faltaban para la fecha de la llegada de la reina y cuando se acordaba, apretaba fuerte sus manos y cerraba con pujanza sus ojos,

exclamando frenética: “¡Casi no falta nada, será maravilloso! ¡Se hará realidad lo que siempre soñé! ¡Ver a la reina en persona, frente a frente!” y acto seguido insistía en mi compromiso de acompañarla.

El día del arribo de la reina a Valparaíso, un sábado 16 de noviembre, mi tía dejó a sus dos hijos pequeños encargados con mi madre, quién los aceptó a regañadientes. “¡Vuelvan pronto, no voy a estar todo el día cuidando a estos chiquillos!” fue lo último que le escuchamos hablar cuando ya íbamos en medio de la calle, bajando el cerro.

No obstante, la emoción que la embargaba, mi tía Violeta era ante todo una comerciante y por mucho que se tratara de su admirada reina no desaprovecharía la oportunidad para hacer un buen negocio, que ya había planeado: la venta de afiches con la imagen de la reina.

Tomamos el “trole” que va por calle Colón y llegamos a una galería donde descendimos por una inestable escalera a un recinto oscuro con un ruido infernal: era la llamada “Imprenta del cojo”, lugar donde nos atendió un hombre con bota ortopédica, el que vestía un overol cubierto con manchas de tinta, al igual que su cara y sus manos.

Después de un rato de espera, nos entregó una gran cantidad de afiches a color que mostraba a la reina Isabel en el día de la ceremonia de Coronación, donde lucía un vestido blanco y en su cabeza la fabulosa corona de oro y piedras preciosas, símbolo de la monarquía.

Como el tránsito se encontraba suspendido, tuvimos que caminar cargando los pesados fajos de cartón hasta la Calle Brasil, y así aproximarnos al lugar por donde pasaría la reina Isabel: el Arco Británico. Con dificultad avanzábamos en medio de la multitud buscando un lugar que nos permitiera hacer dos cosas a la vez: ver el paso de la reina e instalar el pequeño mesoncito plegable, sobre el cual mi tía colocaría la mercadería.

- ¡Grita fuerte Charito! ¡Compre este maravilloso recuerdo de la reina, a buen precio! –me alentaba mi tía llamándome por mi diminutivo e instándome a recorrer los alrededores ya que nadie se movía ni estaba dispuesto a dejar el espacio que con suerte habían encontrado.

- ¡Dios salve a la reina! -era el saludo apropiado– según algunos advertían, pero alguien más entendido en el idioma inglés, recomendaba: ¡God save the Queen, God save the Queen!

Estaba confundida con tantas indicaciones y cuando la reina estuvo cerca, en medio del entusiasmo y la euforia del momento, en un ininteligible inglés gritaba ambas cosas, sin preocuparme de la pronunciación, pensando que difícilmente ella me oiría; lo más importante era aclamarla.

El auto descubierto que la reina traía desde su reino, marca Ford Galaxie negro descapotable, que después regaló a Chile y se usa en la ascensión al mando de cada presidente hasta nuestros días, pasó lentamente.

Ella iba sentada junto al príncipe Felipe y sonreía. Vestía un traje primaveral color celeste cielo y un sombrero en el mismo tono, esta vez muy sobrio. Nos hacía señas, con su enguantada mano en alto.

¡No necesitábamos atravesar el mundo...allí estaba frente a todos, en nuestra ciudad, Valparaíso! En ese momento la sentíamos ¡nuestra reina!, por algo estaba visitándonos. Era el sentir generalizado que se expresaba en las manifestaciones de júbilo. La saludaban con orgullo enarbolando pañuelos blancos y lanzando papel picado que caía de los edificios hasta dejar las calles alfombradas.

Mi tía Violeta al ver a la reina fue como si se le hubiera aparecido la virgen y de tanta emoción se cayó desmayada y gracias a la ayuda de otras personas quienes le lanzaban agua sobre su rostro, fue posible reanimarla. En ese estado desfalleciente con

una mano sobre su corazón y la otra apretando el bolsillo que contenía el dinero de las ventas, sollozaba: ¡My Queen! ¡My Queen!

Cuando mi tía “revivió”, la reina y su comitiva se habían alejado e iban en dirección al Monumento Prat de la Plaza Sotomayor donde en su honor se haría el Desfile Naval.

Las láminas con la imagen de la reina fueron un récord de ventas y cuando solo quedaban unas pocas, la gente se empujaba para adquirirlas, hasta que se agotaron.

–¡Oiga señora, traiga más, queremos las fotos a color de la reina! - le pedían a mi tía con insistencia.

- ¡Lo siento, se finish...se finish!, contestaba ella, imbuida de ese ímpetu inglés que la inundaba, dándose importancia ante tanto requerimiento.

- ¡Mírenla! ¡Se cree gringa ésta! - comentó un hombre a viva voz. La respuesta de mi tía no se hizo esperar y le contestó con una serie de palabrotas a aquél que le hizo el comentario burlesco, hecho que rápidamente azuzo los ánimos. Asustada ante el giro inesperado del intercambio verbal y temiendo que el asunto se pusiera más violento, recomendé a mi tía huir al instante:

- ¡Corra, corra tía... corra!, y así, a toda prisa nos fuimos del lugar.

Para festejar el magno acontecimiento del paso de la reina Isabel por Valparaíso, nos fuimos a celebrar a una conocida “picada” en la Calle Salvador Donoso, el restaurant El Pajarito, que estaba repleto con wanderinos festejando. Nos sentamos en la barra. Mi tía pidió una malta con huevo y al preguntarme a mí lo que deseaba, dije: “lo mismo”, sin titubear, envalentonada por el frenesí adolescente que ya comenzaba.

Notando mi tía Violeta que me serví la malta con huevos en unos largos y apresurados sorbos, muy seria me señaló: “¡Cuidadito Rosario que eso tiene alcohol” y en un intento educativo agregó: “¡te voy a enseñar algo!, no hay que empezar tan luego...tenís toda la vida por delante para emborracharte”.

- ¡Sobrina Charito! ¿Qué más le puedes pedir a la vida? ¡Has tenido el privilegio de conocer a un príncipe “de verdad”! - me aseguraba mi tía en el camino, refiriéndose al príncipe Felipe y me palmoteaba la espalda, para enseguida reflexionar con un poco de tristeza: “Pensar que yo también conocí un príncipe y creí que era de “verdad”, pero el conjuro de un hechizo me lo convirtió en sapo y entonces lo dejé ir y se fue saltando: croac, croac, croac”, sonidos estos últimos que, junto a su mímica, provocaron mi estrepitosa risa.

Cuando pasaron los años y mi tía se hizo mayor, yo ya no vivía cerca de ella, pero un día que la visité me dijo: - ¡Te diré algo que tal vez no sabes! La reina Isabel llega de incógnito una vez al año a saludarme y esta vez me trajo estas finas tacitas de porcelana. ¡Está estampado en oro el sello real de Inglaterra! - ¡Son divinas y se ven auténticas tía!, exclamé con falsa pituquería que se me ocurrió en el momento, para referirme a las tazas chinas que tenían una corona dorada bajo los platillos.

- ¡Antes que nada, brindemos! ¡Por el tiempo que ha pasado Rosario! ¡Viva mi querida reina Isabel, que tuve el honor de conocer junto a ti! - recordó mi tía, y alzando una pequeña copa de Martini dry, -trago predilecto de la reina- añadió: Espero que esta modernidad que quiere arrasar con todo no prospere. Confío en que pasen los años y la reina Isabel permanezca en su trono y me acompañe por siempre-.

Sus palabras y deseos se hicieron realidad. Su reina la acompañó hasta el día de su muerte y pese a que mi tía Violeta ya no me esperará engalanada para las onces, con el tocado de terciopelo con plumas y florcitas artificiales que ella misma se confeccionaba, por siempre permanecerá en mi recuerdo como una reina sin trono, como una fantástica soñadora que habita en mi corazón.